
SIGNOS DEL TIEMPO: MODERNO Y POSMODERNO

Carlos Moya

análisis y debate



No recuerdo ahora el año exacto de la muerte de Martin Heidegger. Debió ser entre 1974 y 1976. No tengo a mano el número de *Spiegel* —de aquella semana— en que la muerte del gran pensador autorizaba al director del famoso semanario alemán, Rudolf Angstein, para publicar la larga entrevista con el filósofo que había tenido lugar doce o catorce años antes con el compromiso explícito de su no publicación por el entrevistador hasta el fallecimiento del entrevistado. No dispongo aquí de un teléfono-pantalla conectado a cualquier terminal que me pueda localizar y retransmitir por video-texto el facsímil electrónico de aquellas páginas del *Spiegel*.

En plena eclosión tecno-pop de la sociedad informática mis anticuados hábitos biblio-literarios, unidos a mi agobiante falta de tiempo, me obligan a resignarme a mi simple y desvaída memoria particular a la hora de contarles esta notable conversación. Angstein entrevistando así a Heidegger significa todo un acontecimiento a caballo entre la historia universal del pensamiento occidental y el fabuloso despliegue contemporáneo de *mass-media* y tecnotrónica teletemática disparando la emergencia de

ese nuevo horizonte/falta de horizonte que en nuestros días se dice con la expansiva moda y vigencia del prefijo «post». «La idea de la sociedad postindustrial es una prognosis social sobre un cambio en el entramado de la sociedad occidental», escribe en 1973 Daniel Bell. 1973 es el año en que se dispara la crisis monetario-energética que todavía sigue arrasando las economías nacionales de la Comunidad Europea —incluida, por supuesto, la de su novísimo miembro que es nuestro democrático país—, por no hacer mención de la generalizada quiebra que tan mundializada crisis ha supuesto sobre casi toda Latinoamérica.

Con la propia y sucesiva evolución de tal crisis —cuya comparación con la de 1929 produjo y consumió miles y miles de páginas de supuesta ciencia económica— coincide la insidiosa expansión del singular horizonte de inmediato futuro que indica el prefijo «post». De la sociedad industrial a la sociedad postindustrial, de la modernidad occidental a la posmodernidad: de la vanguardia a la posvanguardia. De *Triunfo* en los años sesenta a *La Luna de Madrid* ahora mismo, de Luckács, Gramsci y Gian Carlo Argan a Marcel Duchamp, Andy Warhol, Tom Wolfe; la transvanguardia es la última moda estética de la pintura «post» (Aquille Bonito Oliva, Arco 1985).

«El tiempo moderno, el tiempo lineal, homólogo de las ideas de progreso e historia, siempre lanzado hacia el futuro; el tiempo del signo «no cuerpo», empeñado en dominar a la naturaleza y en domeñar a los instintos; el tiempo de la sublimación, la agresión: nuestro tiempo se acaba. Creo que entramos en otro tiempo, un tiempo que aún no revela su forma y del que no podemos decir nada excepto que no será ni tiempo lineal ni tiempo cíclico». Octavio Paz acechando desde 1964 la vuelta y revuelta de nuestro tiempo: su vértigo de signos disolviendo la ilustrada ilusión moderna de una historia lineal.

El argumento fluye en palabras y frases, saltando de un hombre a otro, de una a otra fecha, de una figura de tiempo que ya vivimos a la elusiva indicación del nuevo tiempo que ya nos es presente y emergente futuro. Nos asomamos a la decisiva metamorfosis histórica de nuestro colectivo tiempo existencial: con el salto a la sociedad postindustrial se cumple y agota el ciclo histórico clásico de la modernidad occidental. En aquella entrevista con Angstein, Heidegger esquematizaba su entendimiento sobre el pasado, presente y futuro del tiempo histórico de los occidentales. Quisiera localizar aquel número de *Spiegel*. José Luis Aranguren definió una vez *El País* como una suerte de colectivo intelectual orgánico de la democracia española. Con esa misma metáfora podríamos indicar el papel estratégico del semanario *Spiegel* en la democracia de la Bundes Republik.

Frente al circundante estruendo y miseria intelectual de una campaña progre que excomulgaba su propio nombre y pensamiento, Heidegger concedió su entrevista a Rudolf Angstein, inventor y director de *Spiegel*. Sólo cuando el filósofo hubiese muerto su entrevistador podría presentar al público esa penúltima y definitiva conversación. El autor de *El ser y el tiempo* hubo de repensar la historia del pensamiento occidental asistiendo al mundializado apocalipsis europeo que fue la segunda guerra mundial. A ese explosivo resplandor hubo de meditar la esencia de la Técnica y el fin de la Metafísica. En su agotado lugar emerge la hegemonía operacional de la logística y la informática sobre el mundializado imperio de la Técnica. Hasta aquí mi reducida memoria de aquellas declaraciones y su pertinente sentido en esta conferencia.

Bajo el prefijo «post» se moviliza toda una suerte de ilustrada reflexión a caballo entre la moda y el talante epocal. Caben aquí toda suerte de ánimos afrontando las incertidumbres del novedoso futuro que emerge sobre la común constatación del agota-

miento del ciclo plurisecular de la modernidad occidental. Lo decisivo es advertir cómo toda una serie de científicos sociales, críticos de la cultura, historiadores del arte, etc., que en los años cincuenta y sesenta teorizaron la expansiva dinámica revolucionaria de la modernidad industrial, devienen teóricos del horizonte «post» desde los años setenta a los ochenta: Alain Tourain, Daniel Bell, Raymond Aron, Jurgen Habermas, por citar nombres significantes reduciéndome aquí al ámbito estricto de la *intelligentzia* sociológica.

Desde Hegel y Burckhardt hasta nuestros avanzados días podemos pensar el ciclo histórico de la modernidad occidental como la sucesiva y acumulativa metamorfosis histórico-cultural del mundo occidental que acontece desde el Renacimiento y la Reforma hasta los años sesenta. Sobre ese extenso espacio histórico se hace posible toda suerte de sofisticadas reconstrucciones analítico-empíricas destacando las pautas y tendencias estructurales subyacentes a la configuración típico-ideal de un mundo y humanidad específicamente modernos. Sobre la mínima e inicial exploración del emergente futuro que connota el término posmoderno, apenas podemos encontrar mayor contenido que una cierta conciencia irónica sobre la acelerada obsolescencia del horizonte histórico-ideológico de los años cincuenta y sesenta. ¿Cómo visualizar con aceptable plausibilidad la incierta figura emergente de una nueva época? ¿Cómo ascender desde la cronificada crisis contemporánea a la transparente imaginación/construcción de un nuevo horizonte de futuro?

En esa empresa, a la vez diagnosis y resolución del crítico agobio generalizado sobre nuestro inmediato presente, quiero destacar dos libros publicados en 1980: el de Joneji Masuda, *La sociedad informatizada como sociedad postindustrial*, y *La tercera ola* de Alvin Toffler. Entre los dos textos cabe registrar las multiplicables diferencias de estilo analítico-intelectual entre el japonés y el norteamericano. También como un argumento sustancial esquematizable en la cita de Herbert A. Simon que preside el libro de Masuda: «La historia escrita registra tres saltos de cambio suficientemente poderosos como para alterar la vida básica del Hombre: la introducción de la agricultura... la revolución industrial... (y) la revolución tecnológica del ordenador en el procesado de información».

Más allá de las argumentables divergencias en su particular tratamiento analítico-ideológico del tema, el mismo esquema historiográfico en Masuda y Toffler. Primero fue la revolución neolítica de la agricultura y después vino la revolución industrial; ahora se inicia la era de la «sociedad informática», el novísimo despliegue tecno-social de la tercera ola —Hegel, Marx, Weber, Ogburn, G. H. Mead, Toynbee—, nuestro propio Ortega y Gasset preparando esta novísima síntesis histórica en la que el japonés y el norteamericano prosiguen a su propia cuenta, el replanteamiento de todo aquel discurso desde los términos de Marshall McLuhan y Kennet Boulding, B. de Souvenal y Daniel Bell, Norbert Wiener y J. Monod, D. Riesenmann, Ihia Prigogin y Rene Tom, Margaret Mead, R. Agon, Le Roy-Gurhan, tantos otros, impulsores y coetáneos de ese novísimo mosaico de disciplinas científicas o para-científicas que son la Semiótica, la Informática, la Teoría de Sistemas, la Logística, la Electrónica, la Futurología.

«A los efectos de este libro, consideramos que la Era de la primera ola comenzó hacia el 8.000 a. de C. y dominó en solitario la Tierra hasta los años 1650-1750 de nuestra Era». La audacia con que Alvin Toffler se atreve a reconstruir la historia tecnopolítica de los humanos presupone su conexión con todo ese esquematizado discurso tecnocientífico occidental desde la particular sintonización de la República Imperial USA con el horizonte imaginario, meta histórica de la ciencia ficción. Al final de esta conferencia volveremos sobre este estratégico género literario.

«El descubrimiento del Nuevo Mundo transmitió una vibración de energía a la cultura y la economía de Europa en vísperas de la revolución industrial. Dentro de sus

fronteras, pese a masivas depresiones económicas y a una horripilante destrucción de vidas humanas, la civilización de la segunda ola mejoró claramente el nivel material de la vida de la persona corriente». También se halla presente el lado oscuro. Si bien la civilización de la segunda ola hizo mucho por mejorar las condiciones de vida de nuestros padres, también provocó violentas consecuencias externas, imprevistos efectos secundarios... Nunca hasta ahora había creado ninguna civilización los medios para destruir, literalmente, no una ciudad sino un planeta. Desde 1960 hasta aquí, con la dominante emergencia de la tercera ola, «estamos experimentando los primeros temblores de un terremoto económico, y debemos prepararnos para el mismo... Lo que está ocurriendo no es una recesión sino más bien una reestructuración de toda la base técnico-económica de la sociedad. Es algo parecido a un terremoto que hace elevar un nuevo terreno» (Toffler, *Avances y Perspectivas*, 1983).

Desde el vértice hegemónico del mundializado imperio de la Técnica, Toffler avizora el futuro: «Para De Jouvenal y para la mayoría de los futurólogos actuales no hay un futuro. Sólo existen futuros, en plural... Los escritores de ciencia ficción, por ejemplo, nos presentan una amplia disposición de futuros posibles. En contraste, los pronosticadores que trabajan para el Gobierno o para las empresas están típicamente preocupados por los futuros probables. Tienden a considerar la mayor parte de los escritos acerca de futuros posibles como utópicos o distópicos, pero nada prácticos... Enfocan las cosas estrechamente... Tratan de identificar corrientes que existan en el mundo de hoy y, simplemente, las extrapolan... linealmente».

La sintaxis lógico semiótica del idioma japonés, a la vez que permite la retraducción tecno-conceptual del discurso científico occidental, juega de otra forma; la particular forma en que los ilustrados occidentales han dicotomizado identidad y diferencia, ser y deber ser, concepto y metáfora, género universal e individuo particular, conocimiento y acción. El lector de Masuda —desde *Conutopía* (1966) hasta *La sociedad informática como sociedad postindustrial* (1980)— puede chocar con esa suerte de mística geometría teórico-formativa en que una milenaria tradición de pensamiento oriental, tras la apocalíptica culminación de la revolución industrial en Hiroshima y Nagasate, es capaz de afrontar y propulsar la aceleración tecno-social de la tercera ola en términos categorialmente coherentes con la filosofía de Spinoza y el evolucionismo científico-teológico de Teilhard de Chardin; «El renacimiento del sinergismo teológico entre el hombre y el Ser Supremo» debe y puede ser el telos trascendental de la novísima sociedad informática. La idea del «Ser Supremo, o si se prefiere, la última fuerza viva» —«expresiones con significado tanto para los que tienen fe religiosa como para los que no son religiosos»— está a caballo entre el argumento spinoziano «Natura naturans/Natura si ve deus» y el despliegue divino/humano que culmina en la Noosfera de Teilhard.

«La Humanidad está entrando en un período de transformación, de una sociedad industrial a una sociedad de la información; mi intención, en este libro, es predecir su carácter y estructura y presentar una visión global de lo que la sociedad debería ser.»

«Cuando miramos atrás en el desarrollo de la sociedad humana vemos que la historia del hombre se ha desarrollado según tres tipos diferentes de sociedad: la cazadora y recolectora, la agrícola y la industrial. Es importante advertir que las innovaciones rápidas producidas en el “sistema de tecnología social” se han convertido generalmente en las fuentes axiales que han provocado estas transformaciones de la sociedad.» (Masuda)

Resulta inmediatamente evidente la homología entre el esquema historiográfico de Masuda y el de Toffler, más allá de las diferencias analítico-literarias entre estos dos notables futurólogos. «La sociedad cazadora procedía de la innovación en la tecnología

social basada en sistemas relativos a la caza. De la misma manera, las bases para la transformación social, primero a la sociedad agrícola y después a la sociedad industrial, fueron innovaciones en los sistemas de tecnología social, en la relación con la producción agrícola e industrial. El hombre, ahora, está en los umbrales de un período de innovación en una tecnología social basada en la combinación de la tecnología de los ordenadores y de las comunicaciones. Este es un tipo absolutamente nuevo de tecnología social, bastante distinto a cualquiera del pasado. Su sustancia, que es inevitable, es la información. Esta nueva tecnología social producirá una transformación social que, en un doble sentido, no tiene precedentes». De la innovación tecnológica orientada a maximalizar la productividad física de bienes materiales pasamos ahora a un nuevo sistema de tecnología social en el que la innovación se orienta a maximalizar la productividad de información. «La producción de valores de información y no la de valores materiales será la fuerza conductora motriz» en el desarrollo de la novísima sociedad emergente. «Por esta razón, puede esperarse que produzca cambios fundamentales en los valores humanos, en tendencias de pensamiento y en las estructuras políticas y económicas de la sociedad. Será necesario construir audazmente un nuevo paradigma libre de conceptos tradicionales, si es que vamos a ofrecer la imagen futura de esta sociedad de la información. Esto puede hacerse utilizando la analogía histórica y el análisis de modelos de sociedades pasadas» (Masuda).

Releyendo estos párrafos no puedo por menos de referirme a mis particulares investigaciones sobre tecnología social y sobre la revolución neolítica y la posterior historia de los humanos y sus cambiantes formaciones sociales. Ello funcionaba como espacio mental/experimental de mi singular elaboración de los conceptos «Tecnología social» y «sobredeterminación mítico-ritual» dentro de un marco analítico categorial capaz de diagnosticar situaciones presentes y de anticipar escenarios de futuro en términos a la vez genético-estructurales y analítico-analógicos. Perdónenme que resuma aquí y así estos veinte últimos años de trabajo y voluntad de ciencia social en el agobiante marco de la universidad española, sin atreverme a molestar a este público con mayor autobombo y autobibliografía. Ello me sirve para introducir aquí una moda crítica a este esquemático resumen de Toffler y Masuda.

La culminación urbana de la revolución neolítica acontece como invención del Estado. La colectiva invención y desarrollo de la escritura en sus sucesivas y múltiples formas. Anterior al Estado, la invención neolítica de la Realeza sagrada. La expansión territorial del poder soberano que habita la ciudad-palacio-templo y sobre un multiplicado espacio social, étnicamente heterogéneo, implicando a la vez una organización militar permanente y una multiplicación de los intercambios exteriores e interiores, parecen ser prerequisites para la aparición del Estado. El requisito absoluto para que propiamente quepa hablar del Estado es la invención de la escritura como supuesto semiótico-tecnológico de tan novedosa formación político territorial. Entender la objetiva identidad físico-social de la historia del Estado con la de la escritura equivale a entender la identidad objetiva entre formación política y forma de representación simbólica. «La forma inicial de la política no es la dominación (represión) sino la representación... Las grandes revoluciones de la sociedad humana son cambios en la forma de la representación simbólica: reorganización del teatro, del tablado para la acción humana. La materia sigue siendo la misma... Pero la forma cambia, la forma de la representación pública» (Brown, 1972, 118, 123). Ningún cambio más radical en la historia objetiva de las formas sociales de la vida humana y del comportamiento en general que aquél que se dispara con la invención de la escritura/invención del Estado. Ninguna transformación tan radical en las formas de representación simbólica a lo largo de los ocho o diez mil años de historia humana sobre los que poseemos una mínima información arqueológica/antropológica analíticamente inteligible. Su revolucio-

nario desarrollo en términos de multiplicadas y sucesivas metamorfosis teje el argumento mayor de esa acumulativa historia objetiva que va desde el final del neolítico hasta nuestro planetario tiempo, regido por la Sociedad Industrial Avanzada.

Encuentro demasiado esquemáticos y analíticamente ingenuos muchos de los desarrollos teóricos de Masuda en su notable reconstrucción de la evolución y revolución tecno-informática de la historia humana. Tal vez sea porque tengo que leerle desde la linealidad tipográfica de su traducción al castellano en lugar de entenderlo en su originaria lengua y semiótica textual japonesa, Masuda resume en cuatro estadios el proceso de objetivación de la información a lo largo de la historia humana, sobre la invención originaria del lenguaje como comunicación/información oral, las sucesivas revoluciones lingüístico-cognoscitivas que serán la escritura y la impresión tipográfica, para saltar a la actualidad del complejo electrónico de telecomunicaciones presidido por el ordenador. La comunicación humana oral y tipográfica, verbal y postverbal, tiene una pluriforme dimensión práctico-simbólica irreductible a la pura función informático-cognoscitiva. Ello es lo que he tratado de mostrar a lo largo de toda una serie de trabajos sobre las génesis/expansión/metamorfosis de esa capital tecnología social que es la escritura —supuesto y contexto de la posterior invención y evolución de la moneda— y de su moderna revolución a partir de la imprenta Gutenberg y su sucesiva y expansiva galaxia tipográfica.

Con la emergente revolución tecnotrónica de las telecomunicaciones, los *mass-media* y las computadoras, el despegue de la «nueva sociedad informática» deviene coetáneo de la metamorfosis estereofónica de la democracia industrial de masas. Trataré de aclarar mínimamente esta particular reconstrucción analítica de una hipótesis aventurada entre 1964 y 1972 por el gran poeta italiano Eugenio Montale.

«El arte popular moderno al que aspiran los ascetas de hoy existe ya hace mucho tiempo y está formado por la masa de imágenes audiovisuales que nos asalta desde todas partes como nunca había ocurrido antes de este siglo. Esta masa comprende todo, incluso lo que en otros tiempos se había definido como arte... Dentro de algunos decenios, probablemente la guerra fría en pro y en contra de los *mass-media* se mostrará carente de sentido.»

Montale escribe en 1964, en plena boga intelectual de la disputa sobre la «cultura de masas» y la «industria cultural». En 1972, a la hora de publicar *Nel nostro tempo*, seguirá manteniendo su argumento. «Las hipótesis optimistas avanzan la suposición de que el hombre permanecerá extraño a la máquina, no será modificado absolutamente por ella e incluso estará en condiciones de dirigirla a los mejores fines, mientras que la observación demuestra que el hombre-masa quiere, crea su propio destino, y, a tal efecto, se procura los instrumentos necesarios. Las utilidades de masa constituyen el fundamento no sólo de la industria pesada sino de toda la nueva industria cultural llevada, fatalmente, a ampliarse sobre planos cada vez más bajos, una vez alcanzados los cuales siempre será posible esperar en nuevas bajuras, realizando la hipótesis de un futuro hombre estereofónico, incapaz hasta de reflexionar sobre su propia suerte.»

Quiero indicar aquí una mínima genealogía contextual del pensamiento de Montale. De una parte la gran discusión teórica sobre la cultura de masas desde Horkheimer y Adorno (*Dialéctica de la Ilustración*, 1944) hasta McLuhan, Shils, Kornhauser, Merton, Marcuse, D. Bell, E. Morin, U. Eco, J. Habermas: desde el final de los cincuenta hasta avanzados los años sesenta. Por otra parte, el pensamiento heideggeriano sobre la esencia de la Técnica y el replanteamiento de las tesis nietzscheanas sobre la muerte

de Dios y el último hombre aguzándose desde Max Weber hasta la argumentación de Levy Strauss (coetáneo de Montale) sobre la muerte del hombre. ¿Cómo no advertir sobre estos últimos años occidentales la realización definitiva de la hipótesis de Montale sobre un futuro hombre estereofónico? Otra cosa es que la retraducción científica de tal hipótesis y su investigación empírica sobre la novísima juventud que habita nuestro más avanzado tiempo nacional/occidental deba poner entre paréntesis su originario y sustancial pesimismo poético.

Todo el novísimo complejo electrónico de los *media* se impone e incorpora a sus consumidores individuales desde la doméstica privacidad de su originario hogar familiar hasta la de su posterior piso/apartamento matrimonial o celibatario. Habitando la cotidiana intimidad modesta de los sobre-urbanizados occidentales, esa novísima y compleja extensión del aparato audiovisual corporal, presidida por la televisión, ha desencadenado una mutación de las relaciones familiares, impulsando una explosiva crisis del tabú patriarcal del incesto. He aquí uno de los mecanismos colectivos estratégicos para entender las sucesivas oleadas de movilización/disidencia/subcultura juvenil que van desde el final de los años cincuenta hasta 1968 y nuestros días. La abstracción analítica de las otras líneas de cambio convergentes sobre esta íntima revolución de la existencia e identidad doméstico-familiar de los occidentales no intenta otra cosa sino explicitar y destacar la sustancial conexión entre la emergente humanidad estereofónica y su específica matriz doméstico-familiar. Para llegar a mostrar cómo esa metamorfosis de la percepción/representación/interpretación de la existencia en el mundo, alterando el autoritario complejo tradicional de relaciones interpersonales y catexias afectivas, transforma la colectiva maquinación de aquella megavariante que llamo «sobredeterminación» mítico-ritual del comportamiento social. Y así, la específica articulación de todas las relaciones de comunicación y dominación en el seno de la democracia industrial de masas.

La mundializada explosión juvenil de 1968 fue también la eclosión de una emergente humanidad estereofónica a caballo entre la agobiante articulación tecnopolítica del poder adulto y el choque conflictual entre la segunda y la tercera ola. La explosión esquizoide del tabú patriarcal del incesto que entonces se produjo fue argumento capital en ese ciclo de efervescente revuelta juvenil y parricidio simbólico colectivo. Debo remitir al curioso lector a mi libro *Señas de Leviatán* (1984) para evitar aquí mayores precisiones analítico-conceptuales. También quiero indicar que la propia consolidación de los rostros Reagan/Vojtyla sobre el teatro político-religioso del planeta occidental, indica la paulatina estabilización tecno-política del neo-sistema con la progresiva digestión colectiva de aquel dramático «abismo intergeneracional» que tan decisivamente analizó Margaret Mead (*Cultura y compromiso*, 1970). Lo que tipifica la democracia industrial de masas de nuestros días es el desplazamiento de la escritura impresa en nombre de la Razón como forma hegemónica de representación simbólica. En su lugar, una acelerada metamorfosis estereofónica de la percepción/representación/interpretación del mundo, susceptible de progresivas formas de organización y precisión telemático-informáticas, asegurando el control y la productividad del salto colectivo hacia la nueva era que abre la tercera ola.

Sobre la inmediata actualidad de esta articulación tecno-semiótica de la democracia industrial de masas son altamente significantes las respuestas de Andy Warhol a una entrevista en 1981: «Prácticamente no estoy nunca en casa. Vivo sólo con dos perros. Mi esposa es un televisor. Mis máquinas favoritas actualmente son la que hace el *pop-corn* y los auriculares Sony... Actualmente voy mucho a Washington, me fascina la idea de tener un verdadero actor como presidente». Andy Warhol, *superstar* tecno-pop, es una suerte de irónico profeta testimoniando el glorioso advenimiento de la

humanidad estereofónica. Recordar su particular crucifixión en su mágico escenario neoyorkino en 1968: el disparo de revólver a cargo de Valery Solanes, que así «lanzaba» su delirante panfleto «feminista» *S. C. U. M.*

«Cuando pensamos en el futuro del mundo nos referimos siempre al lugar en que estará si sigue el camino que lo vemos seguir ahora, y no pensamos que no sigue un camino recto sino curvo y que cambia constantemente su dirección» (Wittgenstein, 1929).

Asistimos ahora al cumplimiento definitivo en España del viejo programa de la modernidad occidental planetariamente custodiado por el bicéfalo imperio USA/URSS. Pues tal es el esquizoide argumento político del mundializado imperio de la técnica sobre nuestros días. Su estereofónica y omnipresente actualidad, rígidamente asegurada por la administración tele-pánica del terror nuclear, acaso repite, con su trepidante agovio, el arquetipo multiseccular del Bajo Imperio. Como Roma y Bizancio en aquel tiempo, Washington y Moscú encarnan en el nuestro las dos mitades, «occidental» y «oriental», del Imperio Uno. Las dos mitades actuales no tienen otro peligro bárbaro exterior que su particular barbarie interna, tecnocráticamente regimentada bajo una u otra figura —«liberal» versus «popular»— de democracia industrial de masas.

Encandilada con el boom latinoamericano de su propia lengua, y cronificada en la paranoia crítico-dogmática de su autarquizante ilustración anterior, la *intelligentzia* oficial del país no acaba de enterarse de ese particular género literario que es la ciencia ficción: la *S/F* para sus masivos fans contemporáneos. A recordar aquí la serie *Fundación, Imperio y Segunda Fundación* de Isaac Asimov, el más popular escritor USA en el género «*digest*» enciclopédico, y uno de los definitivos clásicos en la contemporánea ficción novelesca del futuro espacial de los terrícolas: hace tres años reanudó su trilogía de los años cincuenta con *Los límites de la Fundación*. A recordar aquí Arthur Clarke, Ph. K. Dick, Frank Herbert, clásicos ya de ese mismo género literario de masas y progresivas élites, impulsando la novísima transformación de la filmografía *S/F*. A partir de *2001* de Kubrick, la ciencia ficción se convierte en argumento clave del mejor cine USA. Recordar *Encuentros en la 3.ª fase* y *ET*, las películas de Spielberg, la serie de Lukas sobre la *Guerra de las galaxias*, la genialidad de *Blade Runner*, la inmediata actualidad de *Dune* y *2010*. Sobre la mundializada articulación del esquizoide Imperio Uno —Janus Bifronte USA/URSS, interpretando la voluntad del imperio planetario de la Técnica (Heidegger) la novísima guerra de las galaxias pesa ya más que la vieja lucha de clases que presidió el despliegue eurocéntrico del neolítico industrial—. Ahí están las conversaciones de Ginebra, preparando ya la inminente cumbre entre Reagan/Gorbachov. Penúltimas noticias de ahora mismo son también noticias del futuro: lo puede comprobar cualquier tele-espectador que atienda a la recuperación NASA del satélite «Discovery», repitiendo a escala de ahora mismo el argumento literario/filmográfico de la secuencia *2001/2010*.

Intentamos entender la actualidad de la «guerra de las galaxias»: un logotipo telemático-estereofónico cuyo polimorfo argumento nos permite entrever el futuro mundial más allá de nuestra inmediata crisis eurocéntrica. Como fórmula tecno-militar, la nueva estrategia «guerra de las galaxias» tiende a limitar y sustituir la territorializada logística del ajedrez nuclear de misiles, centrando el reto científico-tecnológico USA/URSS en una competitiva carrera por la exploración del espacio y la multiplicada puesta en órbita de satélites artificiales. Las aventuras galácticas de los dos Grandes, aconteciendo en el espacio exterior, son menos detectables y padecibles por la opinión pública que las localizadas y localizables bases militares y plantas de misiles. El tele-pánico nuclear podría aliviarse así, reduciéndose a los puros límites patrióticos-publi-

citarios de su pública argumentación presupuestaria. Desaparecería de esta forma una buena parte del insidioso miedo colectivo que anima la depresividad posmoderna y mueve la marea ascendente de las movilizaciones pacifistas entre la desinformada sociedad civil de la democracia industrial de masas. Cualquier mínimo conocedor de lo que Toffler llama «infosfera» y lo que Masuda dice «sociedad informática» sabe también el multiplicable volumen de negocios que ello supondría, tirando hacia adelante de la inversión económica y el desarrollo científico tecnológico. Contribuyendo así a la acelerada construcción de ese marco-futuro que se dice «sociedad informática» avanzando con la tercera ola. En cuyo horizonte histórico deviene decisiva la estereofónica auto-identificación de masas de tele-espectador y con los héroes estelares de la conquista humana del espacio. Nueva frontera y excitante espectáculo para todo audaz ciudadano de esta sobredomesticada civilidad fin de siglo, cuyo cáncer interno occidental es la depresión y aburrimiento que causa el existir sobre un mundo sobre-urbanizado, sobre-burocratizado, frenéticamente trivial, monótono, agobiante; falto de sentido con harta frecuencia para demasiada gente.

Volvamos a Masuda y a Toffler para cambiar de óptica. Tanto el uno como el otro apuestan por la democracia radical y la autorrealización individual como resultado y meta de la progresiva informatización de esta nueva sociedad que llega con la tercera ola. De esta forma tratan de conjurar también los riesgos emergentes de una pesadilla orwelliana basada en el control telemático-estereofónico de sus computarizados ciudadanos: un mundo de alienados tele-espectadores en el que guerra y paz, servidumbre y libertad, programación colectiva y reflexión singular serían palabras simbióticamente homogeneizadas e intercambiables.

De momento, lo que parece seguro es que el progresivo desarrollo de las nuevas tecnologías y medios de comunicación es rigurosamente coetáneo de una progresiva privatización del comportamiento espontáneo personal, correspondiente a la sobredomesticación tecno-burocrática que invade el viejo espacio público de la libre responsabilidad individual. La progresiva articulación telemático-estereofónica de las relaciones de dominación en nuestro tiempo parece reforzar el poder de cuadros organizados y masas tele-adictas frente a toda potencial herejía «disidente», produciéndose desde el habla en singular de las relaciones interpersonales entre individuos concretos. La integración en cerradas organizaciones corporativas y en masificables coros consensuales, regidas por la moda, no parece ser el mejor caldo de cultivo para los valores clásicos de libertad y razón en cuanto atributos de toda responsable autonomía personal. ¿Cómo confiar sin más en la masiva autorrealización individual allí donde la pura intensidad del habla en singular deviene sospechosa extravagancia frente a la observable mansedumbre/apatía/autismo social en sectores clave de las jóvenes generaciones? Los problemas de la socialización verbal en el marco englobante del novísimo medio tecnocrónico plantean una multitud de interrogantes/incertidumbres que hoy por hoy siguen sin despejar. Un observador marciano del universo «post» que nos rodea podría llegar a una irónica conclusión: jamás en la historia humana la construcción colectiva del futuro dispuso de una masa social tan blanda y moldeable como materia política experimental para esa titánica voluntad de voluntad que preside el horizonte de las nuevas tecnologías.

Los horrores de los últimos doscientos años de mundializada transformación industrial y arrasamiento de la tierra son la otra cara de la historia occidental del progreso y la democracia de masas. En nuestros días, esa historia sagrada se recapitula, sobre el planeta occidental, en metamorfosis estereofónica de los valores que presidieron el despliegue progresivo de la ilustrada modernidad, para culminar en la inmediata actualidad de la democracia industrial de masas y su progresiva vertebración imperial.

La acelerada difusión/expansión social del novísimo complejo tecno-social, en su democratizante sobredeterminación mítico-ritual, nos absuelve de inmediato de todo apocalíptico pesimismo.

Que los próximos treinta años sigan teniendo que ver con una ancestral apuesta de razón y libertad va a depender, decisivamente, de nuestra inmediata y sucesiva capacidad para seguir apostando, decidida y reflexivamente, por ese trascendental legado del ciclo histórico que ahora concluye.

Hay ya mucha gente, de contrapuesto signo, imaginando un posible Renacimiento a caballo de la Nueva Era que ya comenzó. El futuro crece bajo nuestros pies, celestialmente iluminado por el resplandor estelar de la guerra de las galaxias.

Ponencia presentada en el coloquio «¿Crisis de la Modernidad?» que, organizado por *Leviatán* y la Fundación Pablo Iglesias, tuvo lugar en Madrid los días 20, 21, 22, 23 y 24 de mayo de 1985.

Nº 4 – Printemps 1985

LETTRE

Directeurs A.J. CHEHM, PAUL NOIROU

**MILAN KUNDERA
ENCORE SUR LE ROMAN**

**LES RICHES
LES PAUVRES
LES AUTRES**
R. DAHRENDORF
J.C. CALBRATH
H. SCHMIDT E. NOSOV

**DU
MODERNISME
DE L'ART
DE L'ARGENT**
R. BARIET
R. CHATTUIC
A. SAURA
R. HUGHES

**PETER WEISS
LES VAINCUS**
W. CROMWELL F. ATKINS L. L. SIMMEL

**MAX
FRISCH
L'EXIL**
J. BERGER
H. NEF
F. MICHÉ
G. MONTAUDO

Le numéro 30 F. Abonnement 100 F, étranger 140 F.
14-16, rue des Petits-Hôtels, 75010 Paris Tél. (1) 523-48-40 – FRANCE